

Costos emocionales de la migración en jóvenes hijos de padres migrantes: abordaje desde la comunicación

Juan Barrera Salinas*

Palabras clave:

migración, jóvenes, separación y vacío, comunicación e identidad.

Resumen

Este trabajo aborda uno de los efectos colaterales relacionados con la migración, poco identificados en los estudios conocidos sobre las dimensiones del fenómeno. De manera particular, este artículo se refiere a las implicaciones emocionales y sociales de la separación, valorando el vacío que se produce tanto en el hijo o la hija que queda como en el padre o la madre que se va, poniendo en perspectiva desde el ángulo comunicacional sus temores (des)esperanzas y expectativas. Las historias sobre las truculentas amenazas que rodean al migrante en su ruta hacia Estados Unidos constituyen el espejo donde los jóvenes empiezan a ver, tal vez de forma más intuitiva que racional, algo que está cambiando su forma de ser y de proyectarse en el grupo y la comunidad.

* Máster en Comunicación por la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” en 2012. Licenciado en Periodismo por la Universidad de El Salvador. Asesor de comunicaciones en el Ministerio de Agricultura y Ganadería de El Salvador. El presente artículo de basa en su tesis de Maestría titulada “Comunicación e identidad de jóvenes salvadoreños hijos de padres migrantes”.

Punto de partida: separación y vacío

Cuando el padre o la madre se va del hogar buscando mejores horizontes en Estados Unidos, se produce un vacío físico y emocional en el hijo o hija que se queda, debido a la sensación de desprotección que genera la partida, sobre todo porque no hay certeza de cuán seguro será el viaje o de cuánto se prolongará la ausencia, ya que la partida del emigrante y la expectativa de la familia que se queda son situaciones que ocurren sobre una base de inseguridad e incertidumbre desde el principio. Aparte de que siempre hay personas que animan y otras que reprueban “la aventura”, están las noticias recurrentes que circundan el evento, por ejemplo: “anualmente mueren 200 connacionales durante su paso por el territorio de México”, o “en el trayecto muchas mujeres son abusadas sexualmente”. Esas noticias aparecidas en El Diario de Hoy el 6 de febrero de 2012, y ese tipo de información constituyen una constante en la cobertura de los medios nacionales. Son noticias que generan representaciones de miedo y fragilidad en la emocionalidad de los jóvenes, que luego pueden traducirse en conductas diferentes o en actitudes “extrañas”, influidas por el conocimiento de riesgos adicionales, como las extorsiones y los secuestros que los migrantes sufren a manos de grupos delincuenciales que operan en las diferentes rutas.

Testimonios extraídos de entrevistas realizadas para este estudio dan cuenta sobre jóvenes que, luego de pasar por situaciones semejantes, muestran conductas diferentes, como retraimiento en la escuela, inhibición en fiestas, irritabilidad y otras, provocando en sus pares expresiones típicas como “qué raro anda aquel” o aquella. El informe del Viceministerio de Salvadoreños en el Exterior (feb. 2012), sobre violaciones a los derechos humanos de los migrantes, indica que actualmente las extorsiones son el principal problema de los migrantes (...), los grupos delincuenciales que operan en las rutas piden entre 500 y 5000 dólares a la familia para liberar a los viajeros.

Naturalmente, hay noticias atroces que superan ese dramatismo y que generan un miedo mayor, como las que informaron del tristemente famoso hecho en el que 72 personas fueron masacradas en Tamaulipas, México, en 2010, y sobre el caso del salvadoreño Juan José Aguilar, que en abril del mismo año sufrió una golpiza que le ocasionó daños físicos y psicológicos graves a manos de supuestos agentes de la policía municipal de Juchitán de Zaragoza, estado de Oaxaca, México.

Tanto la matanza como la brutal golpiza se han convertido en símbolos del peligro que corren al menos ciento cincuenta salvadoreños que emprenden cada día el viaje hacia Estados Unidos, según las estimaciones más conservadoras. En esta categoría, se inscribe también el naufragio de una lancha frente a las costas de Oaxaca en 2007, en el que murieron muchos salvadoreños.

Con toda razón, el ensayista mexicano Bruno H. Piché (2012) ha escrito: “En la historia de cualquier migrante, está cifrada una tragedia. Pocas, poquísimas entre cientos de miles de historias terminan mejor que otras, pero, en esencia, en todas se repite el mismo drama: pobreza, desolación, desigualdad y falta de oportunidades”. Y luego añade: “Sé que existen casos de espanto, pero jamás escuché que, en su difícil periplo, mis paisanos sufrieran las vejaciones y abusos inhumanos semejantes a los que padecen los migrantes centroamericanos a la hora de cruzar el infierno mexicano. Jamás”.

Son hechos que, ante los ojos de cualquier observador ajeno al fenómeno, podrían constituirse en una natural barrera para frenar el deseo de emigrar y, de hecho, en el caso salvadoreño funciona así, pero solo parcialmente, porque existe una buena cantidad de personas que lo asumen como un reto y, haciendo a un lado los riesgos de la fatalidad preconizada, se lanzan a engrosar las filas del éxodo. Anualmente, emigran de El Salvador hacia Estados Unidos unas 55 000

personas, aproximadamente 150 por día, el 87.4 % de los cuales es de sexo masculino y el resto es femenino, según el Viceministerio de Salvadoreños en el Exterior (abril 2012).

Los hijos que ven partir a sus padres bajo esa nebulosa de amenazas y fantasmas quedan en un mundo de nuevas percepciones que seguramente irán representándose en nuevas formas de ser, saber, sentir y hacer en su práctica social. Existen estudios realizados en El Salvador con jóvenes hijos de migrantes en Estados Unidos para evaluar el impacto emocional de la separación (Ábrego, 2005), encontrándose que la mayoría de entrevistados reconocen el dolor y tristeza que les produce la situación, pero se ha avanzado poco en relación al establecimiento de los efectos que tales sentimientos generan en la identidad de los jóvenes, cómo les moldea su actitud hacia el nuevo referente de control y autoridad, cómo cambia o no su manera de vestir o de pensar y cómo afectan las nuevas representaciones simbólicas en sus hábitos de socialización. Quizá ese vacío de estudio sea en parte causa de que la sociedad salvadoreña no tenga todavía conciencia completa sobre la profundidad de la influencia de los migrantes en los cambios culturales que se están manifestando. Es claro que migración o globalización no pueden ser sinónimo de identidad o cultura en ninguna parte del mundo, pero son fenómenos que introducen elementos hibridadores en la identidad y las prácticas sociales de grandes contingentes de población, como en el caso de El Salvador, generando cambios desde los cuales deberían ser (re) pensadas las identidades de cualquier nación.

En el marco de tales consideraciones, es lógico pensar que el impacto es mayor entre menor es la edad del joven que sufre la separación. Sin embargo, los estudios coinciden en que la migración afecta a niños, niñas y adolescentes por igual, en tanto que se rompe la estructura familiar y los hijos sufren graves consecuencias afectivas y psicológicas. El estudio del Concejo Nacional de la Niñez y la Adolescencia (CONNA, 2012), denominado

“Migración internacional, niñez y adolescencia en El Salvador”, establece que alrededor de dos millones de niños, niñas y adolescentes salvadoreños están siendo afectados por la migración de uno de sus padres o de ambos, provocando tal situación una influencia marcada en el crecimiento y la conducta expresada en formas variadas y complejas.

Iris Elizabeth tiene 17 años y estudia primer año de bachillerato, vive con su abuela materna y no conoce a su padre. Su madre se fue a Estados Unidos hace siete años y vive allá todavía “ilegal”, es decir, con estatus migratorio irregular; ella describe el vacío que sintió ante la partida de su progenitora como “un bajón que al principio da miedo” y, siete años después, todavía la invade el temor mezclado con incertidumbre cuando piensa en que no sabe cuándo volverá a verla en persona; afirma que “vivir con la abuela no ha sido malo, pero nunca será lo mismo, es difícil quedarse con otro familiar... en esos casos es bueno contar con amigos”. Tiene otros hermanos, pero no se relaciona con ellos porque son hijos de su madre con otro hombre, hostil; y, de todos modos, no sabe dónde viven.

Si en la etapa de la adolescencia y juventud temprana los amigos son muy importantes para el desarrollo de habilidades sociales, en estas circunstancias constituyen un círculo vital, sea que compartan la vivencia de tener al padre o madre en Estados Unidos, lo cual les une de forma mucho más estrecha, o que solo compartan la edad y la comunidad apoyándose en la solidaridad natural que dichas condiciones implican. No obstante, la mayoría de jóvenes entrevistados al respecto expresan claramente que no es nada fácil compartir esos sentimientos con otros, solo se puede hacer con quienes estén en un círculo muy cercano, para no correr el riesgo de incomprendiones o burlas hacia las emociones exteriorizadas.

En el caso de Iris Elizabeth, como en el de muchos otros jóvenes, en que a la ausencia de

la madre migrante hay que sumar las ansiedades del vacío que produce la ausencia del padre debida a otras causas, habría que considerar la variable de la paternidad irresponsable que constituye un fenómeno muy grande en El Salvador; el fenómeno del abandono paterno de la familia o de la evasión de la responsabilidad del hombre hacia los hijos es muy común en El Salvador, por lo que el 35 % de los hogares en el país está bajo jefatura femenina (EHPM, DIGESTYC, 2010), con el agravante de que muchos niños y niñas llegan a la edad adulta sin conocer a su progenitor, pero ese es otro tema de estudio relacionado con los bajos niveles de educación, el machismo y la pobreza.

Durante la celebración del Día del Padre en hogares, escuelas, iglesias o lugares públicos, Iris Elizabeth llora, con el agravante de que su madre no está para consolarla.

... es que, cuando uno oye esas canciones, como "Mi querido viejo"..., bueno, yo no sé si el que sería mi papá estará viejo o no tan viejo, pero yo siento algo aquí en el pecho y en la cabeza que me desespera...; cuando yo miro papás que llevan al hijo sobre la nuca o chineado, pienso que quizás, si yo hubiera tenido papá, mi mamá no se hubiera ido...; no lloro, solo me pongo triste y me quedo pensando... y más que ahora, desde que mi mamá se fue, también me toca el Día de la Madre, que lo celebran en la escuela; ella no está y todo eso...

Cuando es el padre quien se ha ido como resultado de la emigración, sea que el hijo o la hija se quede con la madre o con otra persona de la familia, los espacios de socialización de los jóvenes se ven más afectados debido a la marcada tendencia machista que impera en la sociedad salvadoreña, donde es muy fuerte el estigma del "hogar con madre soltera" y donde la ausencia de la figura paterna produce un grave sentido de orfandad que invade otras esferas del psiquismo identitario como la autoestima, la proyección social del individuo y la alegría de vivir en general. De

acuerdo a testimonios de las entrevistas, en los casos en que los jóvenes se quedan con particulares debido a circunstancias diversas, suele pasar que se desarrolle un resentimiento, y puede albergarse la sensación de abandono más fácilmente, sobre todo si la separación es prolongada y la comunicación no es muy consistente.

La separación con perspectivas inciertas que supone la migración, independientemente de si quien se va es la madre o el padre, o de si quien se queda es hijo o hija, genera en ambas partes un vacío profundo que transforma y moldea las prácticas individuales y sociales que los había identificado hasta el momento previo a la migración. Ese vacío puede ser llenado luego, o no, pero durante el proceso de cambio o adaptación pueden producirse representaciones simbólicas que entrarán en la vida de los jóvenes nutridas por las experiencias-ausencias del camino del padre o de la madre migrante, en un proceso de probable irreversibilidad.

Cuando es la madre quien se ha ido, los hijos o las hijas quedan viviendo en hogares cuidados por abuelas, tías u otra mujer, debido a la común ausencia del padre por motivos ya apuntados; si están padre y madre en el hogar del joven y uno de los dos tiene que emigrar, lo usual es que sea el hombre quien lo haga. La mayoría de jóvenes coinciden en decir que, si tienen que elegir, prefieren que sea el padre quien se vaya y que la madre asuma el rol de cuidadora, coincidiendo también, al examinar los casos, en que del padre y la madre migrantes, es ella la que se comunica primero y la que primero inicia el envío de remesas. Sin embargo, no se puede generalizar porque existen casos de hombres muy diligentes que se comunican de manera sistemática dentro de lo que cabe y se comportan con mucha responsabilidad.

Oliverio tiene 19 años, no estudia, trabaja eventualmente, vive con una tía paterna, recibe remesas de su padre que vive en Estados Unidos desde hace 13 años, todavía

“ilegal”; y, a pesar de su situación jurídica irregular, se comunica de forma periódica con el hijo, hasta estuvo dispuesto a aprender a usar Facebook para compartir mensajes y fotos de forma virtual y rápida, eso hace más llevadera la separación, la tristeza aparece de forma más espaciada y ambos van dándose cuenta de cómo van cambiando físicamente y, así, se reconocerán de inmediato cuando se reencuentren y los sentimientos serán más fuertes. Manifiesta que, cuando recibe carta con estampilla por correo “normal”, o que se la trae algún conocido, le gusta mucho, porque puede ver la letra de él, trae alguna foto y, casi siempre, algo de dinero.

La madre de Oliverio y su padre se separaron desde antes de que él se fuera a Estados Unidos, ahora ella vive en El Salvador con otro hombre; el hijo la ve de vez en cuando, no la visita tanto como al principio; no es que la madre lo reciba con indiferencia o que su nuevo esposo lo trate mal, pero no se siente bien en su casa, donde, a veces, cuando conversan entre ellos, se refieren a los migrantes como “mojados” y como gente que ha abandonado a su familia. Si no tuviera esa comunicación constante con su padre, según dice el propio muchacho, sentiría un vacío mucho más profundo.

Cuando mi papá se fue, ya iba separado de mi mamá, pero yo no sabía, él no quiso que me quedara con ella porque ya sabía lo del otro hombre... Yo me di cuenta cuando tenía 11 o 12 años que, cuando la visitaba, miraba algo raro... el otro esposo de ella no me trataba mal ni bien, pero ya no quise visitarla tan seguido... Mi papá nunca me ha dicho nada de eso, aunque ya estoy grande.

Otros jóvenes, como Claudia, de 22 años y estudiante universitaria, tiene a sus padres en Estados Unidos y su “único consuelo” es que ahora, con la tecnología, se pueden comunicar casi todos los días. Pero la consolaría mucho más si sus padres aceptaran regresar para quedarse a vivir en El Salvador, como ella se

lo pide. Sin embargo, le responden que ya no es posible, porque sus otros hijos que han nacido allá no querrían hacerlo y ellos mismos, siendo ya residentes, gozan de prestaciones que jamás tendrán en su país de origen.

Claudia es la hija mayor y tenía 6 años cuando sus padres se fueron hace dieciséis y, aunque la separación no ha sido tan prolongada, pues empezaron a visitarla cada año o cada dos desde que ella cumplió 10, ya que resolvieron relativamente rápido su estatus legal, el vacío no ha dejado de sentirlo jamás. Siempre ha vivido con una tía y muchos primos que le han dado mucho cariño, pero no deja de extrañar a su propia familia. Cuando cumplió 18, ella también empezó a visitar a sus padres, ellos le piden que se vaya a estudiar a Estados Unidos, pero —ella, no sabe por qué— quiere estudiar en El Salvador y quedarse a trabajar en su tierra.

El consuelo que tengo es que ellos pueden venir y yo los puedo visitar... Me da tristeza que no quieran o no puedan venirse a vivir aquí..., yo entiendo lo de mis otros hermanos, pero igual siento feo... De momento no me quiero ir a vivir allá, voy a sacar mi carrera aquí, para trabajar aquí, me gusta más la gente salvadoreña, no sé por qué... me siento mejor.

Lo cierto es que la separación y las circunstancias que esta genera despiertan, en los jóvenes, resortes que ellos mismos no conocían, tornándose a veces autosuficientes, psíquicamente más autocontrolados y socialmente más sensibles; pero, cuando en casa no queda un sostén emocional y material suficientemente fuerte, puede suceder lo contrario, cayendo los jóvenes en una vida disipada que muchas veces los lleva a desertar de la escuela y adquirir vicios. Esto puede pasar, especialmente, con jóvenes que no tenían buena relación con su padre o madre, lo cual, al partir, solo agrega un problema más o acelera procesos de marginalidad que tarde o temprano habrían aparecido aun con su presencia.